

LA ONU Y KOFI ANNAN: ¿CAMBIO O COMPROMISO?

Manuel Mindreau*

El Secretario General de la Organización de Naciones Unidas (ONU) es elegido a través de un proceso aleatorio, sin presupuesto, ni métodos preestablecidos para la búsqueda de candidatos, ni reglas de selección definidas. Según la Carta de la ONU, el Secretario General es designado por la Asamblea General -a recomendación del Consejo de Seguridad- para desempeñar un mandato de 5 años. Los postulantes se presentan ellos mismos, pero pueden ser vetados por alguno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Esto es precisamente lo que sucedió a fines de 1996 cuando los Estados Unidos bloquearon la candidatura del egipcio, Boutros Boutros-Ghali, Secretario General en funciones, quien buscaba ser re-elegido para un segundo período. No es de extrañar entonces que la selección de los siete hombres que a la fecha han dirigido los destinos del organismo internacional haya sido el producto de un compromiso entre los cinco "grandes": Estados Unidos, Rusia, China, Francia y Gran Bretaña.

Muy pocos documentos precisan las cualidades que debería poseer el Secretario General de la ONU. En 1944 un grupo de ex-altos funcionarios de la Sociedad de Naciones intentó definir el perfil del postulante, el mismo que debería ser joven, tener experiencia en política internacional y en prácticas diplomáticas, aunque no necesariamente ser una celebridad en dichos ámbitos. Se sugirió además que el Secretario General tuviera dotes de buen administrador, capaz de dirigir una organización de la magnitud y complejidad de la ONU; ser dinámico y tener iniciativa, aunque también saber contentarse con cumplir un simple rol administrativo; servir de moderador y agente catalizador; ser un hombre de entereza, integridad y tacto. Un año más tarde, los funcionarios del Departamento de Estado norteamericano responsables por el proyecto de creación de la ONU consideraron que el Secretario General debería ser una persona de competencia y prestigio reconocidos en el mundo de la diplomacia internacional; tener entre 45 y 55 años de edad y hablar inglés y francés fluidamente, aunque consideraron inconveniente que el futuro Secretario General

* Economista (Universidad del Pacífico, Lima) Postgrado en Relaciones Internacionales, Graduate School of International Studies, University of Miami. Ha trabajado como consultor para el Banco Mundial, y como investigador en el Acuerdo de Cartagena y el North-South Center (Florida).

fuera ciudadano de alguno de los países miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Esta regla “no escrita” se encuentra todavía en vigor.

Por otro lado, la Carta de la ONU tampoco define con precisión el rol de la cabeza de la organización. Sólo cinco artículos del documento constitutivo de la ONU hacen referencia específica a las funciones del Secretario General. El artículo 97 lo designa como “el más alto funcionario de la organización”. El artículo 99 lo autoriza a “convocar la atención del Consejo de Seguridad sobre todo asunto que, en su opinión, atente contra la paz y seguridad internacionales”. En tanto que el artículo 100 precisa que el Secretario General no debe solicitar, ni aceptar instrucciones de ningún país miembro, ni de ninguna autoridad fuera de la organización.

La ambigüedad sobre el papel que debe cumplir el Secretario General se hizo manifiesta desde el momento de gestación de la ONU. Los Estados Unidos pensaron originalmente en Dwight Eisenhower para asumir la dirección de la naciente organización. Sin embargo, la candidatura de un general norteamericano no tuvo ninguna posibilidad de éxito en el entorno político de confrontación creado por Moscú después de la derrota de Alemania en 1945. Hacia fines de diciembre de ese mismo año, Washington no tenía ni candidatos ni una posición definida sobre quién debería ocupar el cargo. Gran Bretaña apoyaba al Ministro de Relaciones Exteriores belga, Paul-Henri Spaak, mientras que el embajador soviético, Andrei Gromyko, por su parte, propuso la candidatura del Ministro de Relaciones Exteriores noruego, Trygve Lie. Según Sir Brian Urquhart, uno de los primeros y más antiguos funcionarios de la ONU, la eventual elección de Lie como primer Secretario General de la ONU fue un indicio de los límites que el enfrentamiento Este-Oeste habrían de imponer al organismo internacional durante las cuatro décadas de Guerra Fría subsiguientes. Según Urquhart, para la elección del Secretario General nunca ha primado el principio de buscar el mejor candidato, sino el de encontrar alguien que sea aceptable para las cinco grandes potencias. Según Urquhart, el cinismo en la elección de Lie se hizo más que evidente durante el discurso pronunciado por el jefe de la delegación norteamericana ante la ONU, Ed Stettinus, quien alabó la designación de Lie por considerarlo un personaje célebre y de reconocida trayectoria en asuntos internacionales en el mundo entero. Urquhart recuerda haber sido él quien había presentado a Stettinus y a Lie ese mismo día.

Sin embargo, los compromisos provisionarios no siempre resultan satisfactorios para las grandes potencias. El primer mandato de Lie fue bastante accidentado. Por aquel entonces la Unión Soviética efectuaba un boicot al Consejo de Seguridad en protesta por la presencia de un representante del exilado gobierno de Taiwan en el sitio permanente reservado para China -excluyendo de esta forma a los victoriosos comunistas encabezados por Mao Tse-Tung, quien habían tomado el poder en China continental. En estas circunstancias, la ausencia voluntaria de la Unión Soviética del Consejo de Seguridad, permitió que en respuesta a la invasión de Corea del Sur por los comunistas de Corea del Norte -producida en junio de 1950-, el Consejo adoptara una Resolución condenando la agresión y autorizando a los países miembros de la ONU a proveer la ayuda “adecuada” -incluso militar- para defender Corea del Sur. La administración Truman encontró así el respaldo moral para legitimar la acción militar norteamericana contra Corea del Norte. Sin embargo, una vez que Moscú decidiera abandonar el boicot, el Consejo de Seguridad se vio paralizado por el veto soviético y no pudo asumir la dirección de las acciones militares tomadas en su nombre.

Fue entonces cuando Trygve Lie, quien repudió enérgicamente la agresión norcoreana, propuso un mecanismo innovador que permitió la continuidad de las operaciones militares, al tiempo que redimensionó el rol de la Asamblea General en asuntos de paz y seguridad internacionales. Según las provisiones de la llamada Resolución de Unidad para la Paz, en situaciones en que el Consejo de Seguridad es incapaz de actuar, la Asamblea General podría tomar medidas de acuerdo con el propósito y el espíritu de la organización internacional. En el caso de la guerra de Corea, dicha resolución permitió la continuidad de las acciones militares en nombre de la ONU. Lie se convirtió desde entonces en enemigo acérrimo de los soviéticos, quienes boicotearon ese mismo año su re-elección. Sin embargo, ante la falta de otro candidato aceptable a los cinco grandes, la candidatura de Lie fue aprobada en la Asamblea General, a pesar del veto soviético. Esto fue posible gracias a las provisiones legales del Artículo 97 de la Carta de Naciones Unidas, que especifica que el Consejo de Seguridad “recomienda”, pero quien “decide” finalmente la elección del Secretario General es la Asamblea General. Lie no ocultó su decepción frente a la indiferencia de los otros países miembros del Consejo por las acusaciones de falta de neutralidad que recibió de los soviéticos, quienes desde entonces dejaron de tratarlo como Secretario General. El 10 de noviembre de 1952, dos años después de su re-elección, el diplomático noruego presentó su renuncia irrevocable manifestando que el rol de Secretario General de la ONU era “el cargo más difícil del mundo”.

Ante la falta de consenso, la elección del sucesor de Lie tomó algunos meses. Mientras Washington apoyaba la candidatura del filipino Carlos Rómulo, Moscú favorecía al polaco Stanislaw Skreszewski. En tanto que el canadiense, Lester B. Pearson, contaba con los votos de Gran Bretaña y Francia. Al no poder ponerse de acuerdo, la elección entró en un punto muerto. Fue entonces que el representante francés, Henri Hoppenot, propuso el nombre de un ministro sueco con quien él había trabajado anteriormente en el diseño del Plan Marshall. La propuesta fue finalmente aceptada el 11 de marzo de 1953. Dag Hammarskjöld, quien ignoraba absolutamente todo sobre su candidatura, fue designado como segundo Secretario General de la ONU. Tras la renuncia de Lie, quien en muchos asuntos había tomado posiciones contrarias a los deseos de las grandes potencias, lo que se quería era encontrar alguien que se concentrara en las tareas administrativas de la organización y que se abstuviera de formular declaraciones públicas. Con la elección de Hammarskjöld, los cinco grandes creyeron haber encontrado un tecnócrata de gran prestigio, prudente, incoloro y totalmente apolítico. La prensa internacional no hizo más que hablar de los antecedentes aristocráticos y de la obra literaria del nuevo Secretario General. Sin embargo, Hammarskjöld imprimiría un dinamismo nunca antes visto y no repetido desde entonces en la conducción de la ONU. Nadie como él se ha identificado más con los objetivos contenidos en la Carta de las Naciones Unidas. En su biografía sobre Hammarskjöld, Sir Brian Urquhart, señala que el diplomático sueco era “una maravilla de inteligencia y personalidad, (...) ejemplo de lo que puede lograr un dirigente comprometido completamente con un ideal”.

Sin embargo, en su afán por lograr que la ONU asumiera el rol de asegurar la paz y seguridad mundial para el cual fue concebida, Hammarskjöld chocó repetidas veces con los intereses de las grandes potencias. Las relaciones del Secretario General con Francia y Gran Bretaña se deterioraron sensiblemente tras la crisis de Suez producida en 1956. Sin atender las sugerencias de prudencia de Washington, los gobiernos de Francia, Gran Bretaña e Israel decidieron utilizar la fuerza para obligar a Egipto -entonces aliado de la Unión Soviética- a reabrir el tránsito a través del Canal de Suez, recientemente nacionalizado por

el gobierno egipcio. Semanas antes, toda acción de mediación efectiva por parte del Consejo de Seguridad había sido bloqueada por las potencias involucradas en el asunto. Hammarskjöld invocó entonces el uso de la Resolución de Unidad para la Paz y logró que la Asamblea General aprobara una serie de medidas para manejar la crisis. El diplomático sueco fue comisionado para crear un contingente de cascos azules que supervisara el alto-al-fuego entre Israel y Egipto. Esta constituyó la primera de las posteriormente denominadas misiones de “mantenimiento de paz” (peacekeeping) de la ONU, las mismas que tienen como fin separar a las partes en conflicto, evitando un mayor costo de vidas humanas hasta que un acuerdo de paz definitivo sea alcanzado. Ese mismo año, Hammarskjöld volvió a utilizar la Resolución de Unidad para la Paz en contra de los intereses de la Unión Soviética al conseguir que la Asamblea General censurara enérgicamente la represión comunista del movimiento de liberación democrática en Hungría.

Años más tarde, en 1960, Hammarskjöld se enfrentó nuevamente a los soviéticos, al lograr que la ONU interviniera en el Congo. El conflicto congolés tuvo dos dimensiones, una internacional causada por la intervención de Bélgica en su ex-colonia; y otra doméstica provocada por la secesión de una de las provincias del nuevo estado africano. Hammarskjöld recurrió nuevamente a la Resolución de Unidad para la Paz luego del estancamiento producido al interior del Consejo de Seguridad, en el que la Unión Soviética y los Estados Unidos apoyaban a bandos distintos en el conflicto congolés. Khrushchev llegó a acusar a Washington de manipular al Secretario General y exigió la dimisión de Hammarskjöld, sugiriendo su reemplazo por una “troika” de funcionarios, representantes de los países occidentales, el bloque soviético y los países no-alineados. En un discurso ovacionado por la Asamblea General, Hammarskjöld respondió a la amenaza soviética diciendo que: “sería muy fácil renunciar, doblarse ante la voluntad de las grandes potencias; pero otra cosa distinta es resistir”. Sin embargo, su empeño en resolver la crisis africana resultaría fatal para el Secretario General. Hammarskjöld murió el 17 de setiembre de 1961 en un extraño accidente de aviación cuando se dirigía al Congo con el fin de supervisar las actividades de los más de 22,000 cascos azules de la ONU enviados a ese país. Cabe señalar que, en lugar de agentes neutrales, las tropas de la ONU se convirtieron en un ejército de apoyo al gobierno central congolés. Cuatro años después, la unidad del Congo fue consolidada en conformidad con el principio de que las fronteras coloniales en África no debían ser modificadas. Sin embargo, tras la controvertida intervención de la ONU en el Congo, el organismo internacional ganó una reputación de parcialidad, que provocó que ninguna otra operación de intervención en asuntos internos fuera aprobada hasta la reciente acción en Somalia de 1993. Más aún, durante tres décadas, la ONU mantuvo un perfil muy bajo en el manejo de asuntos africanos.

Tras la muerte de Hammarskjöld, la Unión Soviética intentó hacer prevalecer su concepto de troika para asumir la dirección del organismo internacional. Moscú se opuso a la elección de un nuevo Secretario General. Sin embargo, los países occidentales juzgaban que la instauración de una troika paralizaría el funcionamiento del Secretariado de la ONU. Los soviéticos cedieron en su posición a condición de que el Secretario General se rodeara de consejeros representando los tres bloques (occidental, comunista y no-alineado). Dag Hammarskjöld había seleccionado él mismo dos posibles sucesores: el tunecino Mongi Slim y el birmano U Thant. Dado que Slim no gozaba de las simpatías de la mayoría de países miembros del Consejo de Seguridad, en particular de Francia, el menos controvertido U Thant fue escogido como tercer Secretario General el 3 de noviembre de 1961. Si bien Francia no vetó la candidatura del birmano, su representante se abstuvo en la vota-

ción. París no perdonaba que U Thant hubiera presidido el Comité Afro-Asiático para la Independencia de Argelia, además de considerar que el birmano era ignorante en cultura y lengua francesas. U Thant irónicamente respondió a las críticas diciendo que él era más alto que Napoleón, quien además ni siquiera sabía hablar inglés.

Al frente de la organización, U Thant no dejó muchos gratos recuerdos. La administración norteamericana de Lyndon Johnson lo trató casi siempre con desprecio a causa de sus esfuerzos por lograr una solución pacífica a la guerra en Vietnam. Los rusos también lo ridiculizaron por sus vanos intentos de mediación en la crisis de los misiles de Cuba. U Thant fue, entre otras cosas, duramente criticado por su inacción en la Guerra de Biafra, que el birmano calificó como asunto interno de Nigeria. A pesar de la falta de logros importantes, U Thant fue re-elegido para un segundo mandato. Hecho sintomático de que las grandes potencias no están interesadas en tener a la persona más capaz al frente de la organización internacional.

U Thant fue reemplazado por el personaje más controvertido de todos los que a la fecha han ocupado el cargo de Secretario General: Kurt Waldheim. En la primera vuelta de la votación, el austríaco recibió 10 de los 15 votos del Consejo de Seguridad, aunque fue vetado por Gran Bretaña y China. Su principal rival era el finlandés Max Jakobson, cuya candidatura fue bloqueada por el veto soviético. Según Moscú, el origen judío de Jakobson sería inaceptable para la comunidad árabe. Después de la elección de Waldheim, el diplomático norteamericano, Patrick Moynihan, comentó: “nuestro candidato era un judío socialista, pero hemos tenido que contentarnos con un oficial de infantería nazi”. Sin embargo, el pasado nacional-socialista de Waldheim no se hizo público hasta pasados diez años al frente del organismo internacional. Según algunos rumores, Moscú habría sabido del pasado nazi de Waldheim, pero mantuvo el secreto con el fin de guardar un arma de presión personal sobre el Secretario General. Por otro lado, para la mayoría de funcionarios de la ONU y diplomáticos acreditados ante dicho foro, Waldheim era un “mediocre energético y ambicioso”. Candidato a un tercer período, las aspiraciones de Waldheim fueron bloqueadas por el veto chino. Su principal rival en esa oportunidad era Salim Ahmed Salim, Ministro de Relaciones Exteriores de Tanzania y actual Secretario General de la Organización de Unidad Africana (OUA), cuya candidatura fue rechazada por Washington. Tras varias rondas de escrutinios, las grandes potencias, incapaces de ponerse de acuerdo una vez más, buscaron entonces desesperados entre los funcionarios de alto rango de la ONU. El nombre de Javier Pérez de Cuéllar, Secretario General Adjunto, cayó de las nubes. Pérez de Cuéllar se enteró de su elección en diciembre de 1981 mientras se encontraba de vacaciones en Lima.

El nuevo Secretario General asumió la dirección de la ONU con dos puntos a su favor: un conocimiento profundo de la organización y ninguna deuda electoral. No habiendo postulado jamás, Pérez de Cuéllar no debía nada a los miembros permanentes. Además, el diplomático peruano era un hombre discreto e inteligente. Su segundo mandato coincidió con el fin de la Guerra Fría. El Secretario General confiaba que a partir de entonces la ONU no fuera paralizada por el veto de alguno de los dos bloques. La era Pérez de Cuéllar instauró entonces un sistema de consultación permanente entre los cinco grandes con el fin de que el Consejo de Seguridad asumiera finalmente el rol de garante de la paz y seguridad mundiales para el que la ONU fue originalmente concebida. La cooperación entre las potencias creció; la innovación fue significativa y de gran utilidad, convirtiéndose en la nueva norma de funcionamiento del organismo internacional. De esta manera, el

acuerdo de las grandes potencias permitió la realización de operaciones conjuntas, como por ejemplo, la creación de la coalición internacional que participó en la Guerra del Golfo Pérsico en 1991. Al concluir su segundo período, Pérez de Cuéllar dejó una organización triunfante tras la euforia del “nuevo orden internacional” propuesto por el Presidente norteamericano George Bush.

Para la mayoría de estados miembros en 1991, el próximo Secretario General debía ser de origen africano. Entre los seis posibles candidatos, Francia apoyaba la candidatura del egipcio Boutros Boutros-Ghali. París desplegó entonces denodados esfuerzos diplomáticos, especialmente entre los países no-alineados y sus ex-colonias, para asegurar la elección de Boutros-Ghali, quien no contaba con las simpatías de los norteamericanos. Sin embargo, Washington no tenía candidatos alternativos y cometió un importante error de cálculo al ofrecer a Egipto no utilizar su derecho a veto contra la candidatura de Boutros-Ghali, pues estimaba que éste no reuniría los 9 votos necesarios en el Consejo de Seguridad para conseguir la elección. Ante el asombro de los norteamericanos, Boutros-Ghali fue elegido en primera vuelta, y posteriormente ratificado por la Asamblea General. La posición de Washington en 1996 pone de manifiesto que los norteamericanos aprendieron bien la lección de cinco años atrás. Desde junio de 1996, los Estados Unidos anunciaron que el motivo oficial del veto sobre Boutros-Ghali era que éste representaba un obstáculo para la reforma de la ONU que los norteamericanos dicen querer promover. Según Washington, Boutros-Ghali no tendría otro objetivo que el de hacer crecer sus prerrogativas para manejar la organización a su antojo. Ya en 1991, con ocasión de la primera candidatura de Boutros-Ghali al cargo de Secretario General, un informe de la CIA había alertado a la administración Bush sobre los planes de Boutros-Ghali, calificándolo de “incontrolable” e “imprevisible”. Los ímpetus del diplomático egipcio y la voluntad de cambio se volvieron evidentes a penas éste asumió el cargo. Tras la Guerra del Golfo en 1991, la disolución de la Unión Soviética, el debilitamiento y posterior caída del comunismo en Europa del Este y la disminución de las tensiones Este-Oeste, Boutros-Ghali asumió la Secretaría General de la ONU con la intención de que el organismo internacional asumiera plenamente sus responsabilidades tal como fueron concebidas en 1945. Para tal fin, Boutros-Ghali presentó dos importantes documentos ante la Asamblea General, la Agenda para la Paz y la Agenda para el Desarrollo, que implicaban un vasto programa de reformas en el funcionamiento de la ONU. Entre las innovaciones más vanguardistas, Boutros-Ghali propuso establecer un sistema de “diplomacia preventiva”, el mismo que buscaría prevenir enfrentamientos armados o evitar una escalada de la violencia en situaciones que el Consejo de Seguridad considere atentan contra la paz y seguridad internacionales. Esto se lograría a través de unidades militares de rápido desplazamiento puestas a disposición de la ONU por los países miembros. En otras palabras, Boutros-Ghali propuso poner en vigencia las provisiones incluidas en los Artículos 45, 46 y 47 de la Carta de Naciones Unidas que preveían la creación de un staff militar bajo el mando del Secretario General de la ONU. Evidentemente, estas reformas no contaron con el respaldo de Washington, debido a que el margen de maniobra de los norteamericanos para controlar dichas iniciativas se reduciría sensiblemente, en tanto que el financiamiento de la nueva fuerza de desplazamiento rápido implicaría un costo financiero mayor para los Estados Unidos. En perspectiva, resulta paradójica entonces la razón que Washington arguyó para oponerse a un segundo mandato de Boutros-Ghali. En lugar de aducir que el diplomático egipcio era un obstáculo para el proceso de reformas que los Estados Unidos dicen estar interesados en iniciar, más bien podría decirse que Boutros-Ghali era una amenaza para el ritmo de cambio -mucho más lento- que los norteamericanos desearían ver. Para Washington, era preferible que

Boutros-Ghali asumiera simplemente el rol de jefe de la administración de la ONU, dejando de lado las iniciativas políticas al Consejo de Seguridad, donde los Estados Unidos podrían bloquear aquellas iniciativas contrarias a sus intereses. Por otro lado, a lo largo de su primer mandato, Boutros-Ghali criticó en repetidas ocasiones la política exterior norteamericana. Por ejemplo, el diplomático egipcio calificó muchas veces la guerra en Bosnia como una “guerra de ricos”, tratando de llamar la atención de la comunidad internacional sobre problemas humanitarios en el Tercer Mundo, como fue el caso de Somalia y luego Rwanda, en cuya solución los Estados Unidos parecían no estar interesados en lo más mínimo. Boutros-Ghali, se opuso también a los bombardeos de la OTAN sobre posiciones militares de la aviación serbia -iniciativa que contaba con el visto bueno de Washington desde un principio. Otro incidente se produjo cuando Boutros-Ghali insistió, a pesar de la oposición norteamericana tratando de salvaguardar la imagen de sus tradicionales aliados en Medio Oriente, en la publicación de los resultados de una misión de observación enviada al Líbano, que denunciaban abusos israelíes en esa región. Todos estos eventos alimentaron una profunda antipatía de Washington por Boutros-Ghali.

Luego de comunicar a través de su embajadora ante la ONU, Madeleine Albright - hoy Secretario de Estado norteamericana-, que la decisión de la administración Clinton de bloquear la re-elección de Boutros-Ghali no sería modificada, llegado el momento de la selección del nuevo Secretario General se comenzaron a barajar nombres de prominentes líderes africanos para asumir dicho cargo. Entre ellos se mencionó al actual Secretario General de la OUA (Salim Ahmed Salim), al ex-representante especial del Secretario General de la ONU en Burundi (Ahmedou Ould Abdallah) y al ex-presidente de Tanzania (Mwalimu Julius Nyerere). Sin embargo, en las preferencias de Washington se encontraba el diplomático ganés, Kofi Annan, entonces Secretario General Adjunto, encargado de la conducción de las operaciones de paz. La eventual elección de Annan fue el resultado de un compromiso político entre Francia y los Estados Unidos sobre dos asuntos: (i) el atraso norteamericano en los pagos de sus cuotas a la ONU; y (ii) la reivindicación de un puesto político de importancia para Francia al interior de la ONU. Francia, que apoyó la reelección de Boutros-Ghali hasta el momento final, amenazó a Washington con bloquear la designación de Annan de no recibir algún beneficio a cambio. Para los norteamericanos, la labor de Annan en la solución de la crisis en Bosnia era la mejor credencial del diplomático ganés de 58 años y con más de 30 años de servicio en la ONU. En opinión de Washington, Annan fue el artífice de que el organismo internacional saliera con la reputación y dignidad intactas tras 4 años de enfrentamientos en los Balcanes. Para Francia, la consulta final que llevó a la designación de Annan para el cargo de Secretario General (efectuado el 13 de diciembre de 1996) fue satisfactoria, al recibir el ofrecimiento formal de poder designar al sucesor del diplomático ganés en el puesto de responsable de las operaciones de paz de la ONU. Además, como bien señala Alain Dejammet, embajador francés ante la ONU, la designación de Annan no resultaba del todo indeseable para París. Annan es africano, habla francés fluidamente y es plenamente consciente del lugar que Francia ocupa tanto en la solución de los problemas africanos como dentro de las Naciones Unidas.

La designación de Annan al cargo de Secretario General fue ratificada por aclamación en la Asamblea General el 17 de diciembre del año pasado. En opinión de algunos analistas, Annan es un arquitecto del consenso, excelente negociador con buenos modales y amabilidad en el trato. Sin embargo, para otros, Kofi Annan es simplemente un buen funcionario, incapaz de decir no al personal bajo su mando, y que menos aún podría opo-

nerse a los designios de las grandes potencias. Sólo el tiempo dirá si la deuda política de Annan con Washington y París pesará más que el deber político durante su gestión. Sin embargo, es posible afirmar que Annan posee algunas ventajas respecto a Boutros-Ghali. El diplomático egipcio fue siempre considerado un intelectual brillante y respetado internacionalmente. No obstante, nunca supo, a pesar de intentarlo, hacerse querer por sus subordinados. En opinión del peruano Alvaro de Soto, quien ha trabajado ya con tres Secretarios Generales distintos, Annan es una persona que sabe cuándo y a quién delegar responsabilidades y que además sabe ganarse la confianza de quienes trabajan con él. Por otro lado, su formación académica -en Ginebra y el MIT de Boston- le han permitido conocer bien la mentalidad de europeos y norteamericanos. Por último, se espera que su esposa, la prestigiosa abogada sueca, Nane Lagergren, se convierta en una de sus colaboradas más cercanas.

En su discurso de despedida, Boutros-Ghali calificó su mandato como una mezcla de sentimientos contradictorios: entusiasmo, ante la posibilidad de los cambios que el nuevo orden internacional auguraba con la cooperación entre las superpotencias una vez concluida la Guerra del Golfo; desilusión, después de la debacle en Somalia; y realismo, tras la toma de conciencia de las verdaderas capacidades y debilidades de la ONU. Respecto a la voluntad de los Estados Unidos de reformar el organismo internacional, Boutros-Ghali dijo que la reforma no debería buscar alejar a la ONU de sus responsabilidades fundamentales, reafirmando así en su re-interpretación de la Carta de Naciones Unidas. Respecto de la crisis financiera por la que atraviesa la ONU, Boutros-Ghali señaló que ésta no es resultado de una mala gestión, sino del estrangulamiento financiero al que los Estados Unidos están sometiendo a la ONU. El total de deudas de los países miembros a la ONU asciende a US\$ 1,500 millones, de los cuales Washington debe la mitad. Por otro lado, el presupuesto operativo del organismo internacional para el período 1996-97 es inferior al del año anterior en US\$ 117 millones, lo que revela un gran esfuerzo en la racionalización de los gastos, a pesar del aumento en el número de operaciones de paz y compromisos asumidos por la ONU recientemente. En sólo 2 años, el personal de la ONU se redujo en 25%, contando hoy con unos 8,000 funcionarios para desempeñar tareas indispensables. Ante estos logros, sería injusto decir que Boutros-Ghali fue un despilfarrador, y menos aún un mal administrador.

Finalmente, respecto a la independencia que debe mantener el Secretario General en relación con las grandes potencias, al inicio de su mandato al frente de la ONU Kofi Annan no se encuentra en una posición muy flexible. A medida que las crisis se sucedan, es indudable que Washington y París buscarán utilizar sus influencias. Sin embargo, dado que los países asiáticos anunciaron ya que presionarán para que el próximo Secretario General provenga de esa región, Annan podría gozar de un inesperado margen de maniobra otorgado por el hecho de no tener que preocuparse en buscar la re-elección. Queda entonces en manos del diplomático ganés el asumir una posición condescendiente con las grandes potencias o la de impulsar los cambios necesarios, tal vez radicales -como por ejemplo ampliar el Consejo de Seguridad, eliminar el derecho a veto y crear el comando militar de la ONU- para que el organismo internacional ingrese al nuevo milenio renovado y con los medios para asumir su rol de garante de la paz y seguridad mundiales. Los esfuerzos de los anteriores Secretarios Generales en ese sentido fueron por lo general infructuosos y, en el caso de Boutros-Ghali, terminaron incluso por costarle el puesto.

Períodos de Mandato de los Secretarios Generales de la ONU

Trygve Lie (Noruega)	Febrero 1946 - Abril 1953
Dag Hammarskjöld (Suecia)	Abril 1953 - Setiembre 1961
U Thant (Birmania)	Noviembre 1961 - Diciembre 1971
Kurt Waldheim (Austria)	Enero 1972 - Diciembre 1981
Javier Pérez de Cuéllar (Perú)	Enero 1982 - Diciembre de 1991
Boutros Boutros-Ghali (Egipto)	Enero 1992 - Diciembre 1996
Kofi Annan (Ghana)	Enero 1997 - a la fecha

REFERENCIAS

ACHCAR, Gilbert. "Les Nations unies au fil des objectifs américains", *Le Monde diplomatique*, octubre 1995.

WEISS, Thomas. *The United Nations and Changing World Politics*, Westview Press, 1994.

"Le Ghanéen Kofi Annan succédera à M. Boutros Ghali à l'ONU, en: *Le Monde*, Sélection Hebdomadaire, No. 2511, 19 de diciembre 1996.

"Le Nouveau Secrétaire Général appelle la communauté internationale à la restauration de l'ONU," en: *Le Monde*, Sélection Hebdomadaire, No. 2512, 26 de diciembre 1996.